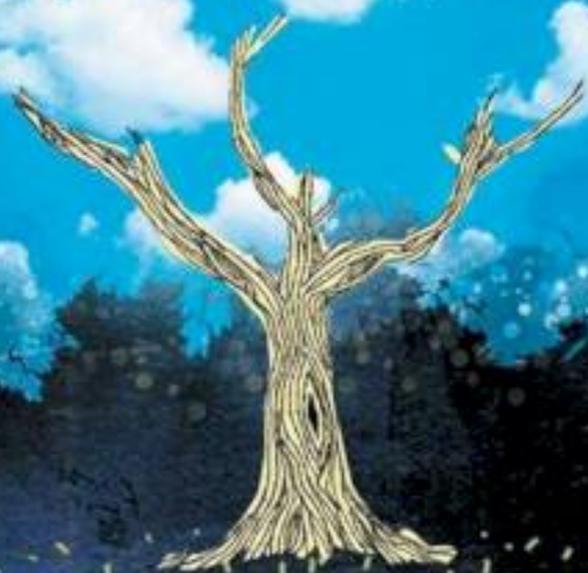


ANDRÉS IBÁÑEZ

EL PARQUE PROHIBIDO



En el centro de la ciudad hay un enorme parque que lleva cerrado desde hace muchos años, celosamente vigilado por el ejército para que nadie cruce sus verjas y se adentre en él. ¿Qué es eso tan terrible que hay dentro del Parque Prohibido? Frido, el protagonista, pronto descubre que su familia tiene un vínculo especial con este lugar misterioso: su padre perteneció al gremio secreto de los acechadores, cuya misión era entrar en el Parque para llevar a ciertas personas, bajo ciertas circunstancias, a un lugar que hay en su interior.

El amor de un hijo por su padre es el centro de esta intensa y emocionante narración de aventuras llena de humor y misterio. ¿Qué significa el fracaso? ¿Qué significa querer a alguien? ¿Se debe vivir obedeciendo siempre las reglas? ¿Qué son los deseos? ¿Qué son los sueños? ¿Cómo se debe vivir? Un grupo de amigos se adentra en lo desconocido para intentar desvelar un misterio y también para encontrar la respuesta a algunas de esas preguntas.

Para Nicolás, que cayó de las nubes cargado de regalos.

Para Mario, que vino en un elefante con una manzanita roja en la mano.

Para María, que vino montada en un cisne con una perla en la frente.

*Para Bárbara, que vino de la ciudad de los sueños felices y fue la primera
niña.*

Para Rasa, que vino de las montañas donde crece el té y sonríen los dioses.

PRIMERA PARTE
FUERA

Había una vez...

Había una vez una ciudad llamada Fléroe, situada al norte de un verde y montañoso país llamado Aquitania. En el centro de la ciudad había un parque llamado «Parque de las Lilas», que estaba cerrado desde hacía muchos años. Fléroe era una ciudad muy bella y muy alegre. Sus cielos estaban casi siempre azules, y en las calles había cerezos y magnolios. Todos los que visitaban la ciudad se quedaban sorprendidos con sus palacios blancos, con sus grandes plazas llenas de flores, con sus museos de dinosaurios y de cuadros antiguos, pero en realidad, el gran misterio de Fléroe era el Parque de las Lilas.

Fridolín pasaba todos los días frente a una de las puertas del parque cuando iba al colegio. Era una puerta de hierro, muy alta, y estaba cerrada y sujeta con gruesas cadenas llenas de candados. Dos soldados, vestidos con un uniforme verde y con una metralleta al hombro, guardaban la puerta para que nadie se atreviera siquiera a acercarse allí, y un enorme tanque pintado de verde y de marrón estaba siempre apostado al pie de las escalinatas.

—¿Por qué está cerrado el parque? —le preguntaba Fridolín a sus padres casi todos los días durante el desayuno.

Como Fridolín preguntaba todos los días lo mismo, sus padres no se daban prisa en contestarle. Su padre, que se llamaba Hugo Bonpensant, y su madre, que se llamaba Rosa Bonpensant (porque en Aquitania la mujer tomaba el apellido del marido cuando se casaba) servían la mesa del desayuno, ponían el platito de crema, las cerezas, las tostadas, la compota de fresa, los vasitos de zumo de manzana, el tarro de la miel, el aromático café de los mayores y las humeantes tazas de chocolate de los niños sobre el mantel de cuadritos blancos y rojos de la mesa, y Fridolín, que no se desanimaba fácilmente, volvía a preguntar:

—¿Por qué está siempre cerrado el Parque de las Lilas?

—Eres un pesado, Fridolín —le dijo su hermana, que tenía dos años menos que él y se llamaba Freda, Freda Bonpensant.

—Eres un pesado, Fridolín —le dijo su madre sirviéndole el chocolate en la taza.

—Todos los días preguntas lo mismo —le dijo su padre, que por la mañana siempre tenía cara de dormido, estaba ronco y tenía que carraspear varias veces antes de hablar.

Rosa tenía una tienda de flores en la planta baja del edificio donde vivían. Hugo, el padre, era poeta, y tenía su estudio en el centro de Fléroe. Todos los días, después de llevar a los niños al colegio, se marchaba a su estudio, donde tenía sus manuscritos y sus libros, y se pasaba toda la mañana trabajando en sus poemas.

En caso de que te lo preguntes, un estudio es un piso pequeño que no se usa para vivir, sino solo para trabajar.

Hacía varios años que Hugo Bonpensant no publicaba ningún libro de poemas, y Freda y Fridolín esperaban con impaciencia la aparición del próximo que, según les había dicho su padre, se llamaría *Las tres palabras del manzano*. Fridolín y Freda le habían preguntado muchas veces a su padre por qué el libro se iba a llamar así, y qué significaba aquello de «las tres palabras del manzano», pero Hugo Bonpensant les decía que esa clase de preguntas no se le

pueden hacer a un poeta, del mismo modo que uno no se pone a preguntarle a un rosal por qué da rosas y no girasoles, o a una piña por qué tiene ese sabor tan particular y no otro cualquiera.

—¿Cuando tú eras pequeño el parque ya estaba cerrado? —preguntó Fridolín, que cuando cogía un tema no lo soltaba fácilmente.

—No, Frido —le dijo su padre con paciencia—. Cuando yo era niño, el parque estaba abierto, y todo el mundo podía entrar en él. Mi padre, tu abuelo Augusto, nos llevaba allí a menudo a pasear. Y había un estanque con patos, y un zoológico, y un palacio de cristal... Te lo he contado mil veces...

—Pero ¿por qué lo cerraron? —insistía Fridolín.

—Pasó algo muy malo en el parque —le dijo su hermanita, que estaba comiendo una tostada con compota de fresa y tenía toda la boca, y la barbilla, y la punta de la nariz manchadas de rojo—. Y por eso ahora está lleno de *mostuos*.

—Se dice «monstruos» —le dijo Fridolín.

—¡¡¡*Mostuos horriiiiiibles!!!* —le dijo su hermana poniéndose bizca.

—Pasó algo muy malo en el parque —dijo la madre—. Ya lo sabes, Fridolín. Te lo hemos contado un millón de veces. Ahora el parque es un sitio muy peligroso, y por eso está absolutamente prohibido entrar en él.

—Y por eso todas las entradas están cerradas y hay soldados a lo largo de la verja, y si intentas entrar te capturan y luego te llevan a la cárcel —le dijo su hermanita, que había oído tantas veces la historia que ya se la sabía de memoria.

—¿Y nadie se ha metido nunca en el parque? —preguntaba Fridolín.

—A los que se meten, les disparan —le dijo su padre—. Es muy peligroso entrar en el parque.

—Pero si es tan peligroso —razonó Fridolín, que era un niño muy listo y siempre pensaba mucho las cosas—, ¿por qué iba a querer nadie meterse allí?

Su padre y su madre se miraron y quedaron en silencio.

—La gente está loca, ya lo sabes —le dijo su padre—. Hacen cosas aunque sean peligrosas.

—Pero ¿qué hay en el parque? —preguntó Fridolín—. ¿Es verdad que hay monstruos?

—No, no hay ningún monstruo —dijo su madre con voz firme—. Los monstruos no existen. Solo existen en los cuentos.

—Pero en el colegio todos los niños dicen que el parque está cerrado para que no se escapen los monstruos —insistió Fridolín.

—Si hay un monstruo dentro, puede salir y comernos a todos —dijo Freda muy preocupada—. ¿Puede salir por la noche, cuando estamos todos dormidos...!

—Eso de los monstruos es una leyenda —dijo Rosa Bonpensant—. Freda, termínate tu tostada y tu chocolate.

—Entonces ¿qué hay, un dragón? —preguntó Fridolín.

—Los dragones tampoco existen —le dijo su hermanita muerta de miedo.

—¿Un dinosaurio? —insistió Fridolín—. ¿Un Tiranosaurus Rex?

—Los dinosaurios tampoco existen —le dijo su hermanita que ahora estaba blanca de terror.

—¿Una bomba? —preguntó Fridolín—. ¿Un agujero tan grande que si te acercas te caes y ya no puedes salir? ¿Arenas movedizas? ¿Un volcán?

Fridolín hacía estas preguntas a sus padres todos los días, y todos los días los padres le decían que no lo sabían, que no tenían ni idea de qué era eso tan horrible que había dentro del Parque de las Lilas.

Y era la verdad. En Fléroe nadie sabía a ciencia cierta por qué era tan peligroso el Parque de las Lilas y por qué no dejaban entrar nunca allí a nadie. De todas formas, el

parque llevaba tantos años cerrado que ya casi nadie se hacía tantas preguntas como Fridolín.

Los ciudadanos de Fléroe se habían acostumbrado a que el inmenso Parque de las Lilas estuviera siempre cerrado. En cierto modo era bueno para la ciudad que el parque fuera un misterio, un misterio rodeado de un halo siniestro y romántico, uno de esos misterios que dan miedo cuando se habla de ellos por la noche y a la luz del fuego, porque eso hacía que innumerables visitantes de otros países fueran a la ciudad para acercarse a las verjas del famoso Parque de las Lilas.

Sobre todo en los meses de verano, cuando había vacaciones, la ciudad estaba llena de visitantes que querían contemplar el Parque de las Lilas a través de las verjas y se acercaban allí a hacerse una foto con los soldados que vigilaban las puertas. Una de las visitas más populares de Fléroe era el autobús descubierto de dos pisos que recorría la verja del parque. Los turistas se subían a lo alto del autobús con sus cámaras de fotos, con sus prismáticos, con sus teleobjetivos, y desde allí contemplaban el parque e intentaban averiguar qué era aquello tan misterioso que se encerraba allí dentro, aquello que había obligado a las autoridades de Fléroe a cerrar el parque para siempre.

Algunas veces uno gritaba, mirando por sus prismáticos: —¡Lo he visto! ¡Lo he visto!

Y aseguraba que había visto al monstruo: un horrible lagarto con alas multicolores, o un gigante cubierto de pelo blanco con un solo ojo en la frente, o el larguísimo cuello de un dinosaurio surgiendo entre los árboles, pero eran todo fantasías, porque nadie había conseguido nunca fotografiar, siquiera de lejos, al famoso «monstruo del Parque de las Lilas».

La leyenda del parque no disminuía por eso, sino todo lo contrario.

Ranipruvamdambaransánkara

Después de desayunar, toda la familia Bonpensant se vestía y salía de casa. Hugo ayudaba a su mujer a levantar la reja metálica de la tienda de flores, que se llamaba «Flores Bonpensant», luego los padres se daban un beso y Hugo se iba a llevar a los niños al colegio, Fridolín cogido de su mano izquierda y Freda de su mano derecha. El colegio Esclarmonda de Foix donde iban los hermanos no estaba muy lejos y, como ya hemos dicho, para llegar hasta él había que pasar al lado de una de las puertas del famoso Parque de las Lilas. Fridolín y su hermana pasaban por allí todos los días, pero a pesar de todo Fridolín nunca podía dejar de mirar con curiosidad la gran puerta de hierro sujeta con gruesas cadenas cargadas de candados y protegida por soldados, tanques y, tal como le había explicado su padre, casetas de ametralladoras y cámaras de cine ocultas a la vista. Siempre había por allí muchos curiosos, sobre todo turistas extranjeros, que se acercaban a la puerta del parque para hacerse fotos. Y muchas veces alguno de los visitantes extranjeros se acercaba al padre de Fridolín y le preguntaba:

—Pero, oiga, ¿el parque nunca lo abren?

—Nunca.

—Pero ¿por qué?

—Es un sitio muy peligroso —le decía entonces Freda al curioso, abriendo mucho los ojos—. Hay mostuos horriblos dentro que se comen a las personas, y si abrieran las puertas saldrían a la ciudad y nos comerían a todos. ¡Y a usted también!

—Exactamente —decía el padre de los niños—. Ahora ya sabe usted la razón.

Algunos eran tan ingenuos que se creían la explicación de Freda al pie de la letra y se marchaban de allí aterrados. Otros intentaban acercarse a la verja con sus cámaras de fotos con la esperanza de ver a alguno de los monstruos que había allí dentro y hacerle una foto para luego enseñársela a sus amigos.

En la clase de Fridolín nadie tenía mucho interés por el Parque de las Lilas. Los amigos de Fridolín se llamaban Amapola, que siempre presumía de saberlo todo; Roto, que era el que más alto se subía a los árboles y siempre se rompía los pantalones y por eso le llamaban Roto; y Abbás, que siempre tenía miedo por todo. Los padres de Abbás eran de un país de Oriente Medio, y la primera lengua de Abbás era el árabe.

Ese día también surgió el tema del Parque de las Lilas.

—El Parque de las Lilas está lleno de indígenas caníbales —le dijo Amapola, que tenía un padre y una madre que eran profesores de la universidad y siempre usaba palabras muy raras—. Es un sitio horrible, Fridolín, ¿por qué siempre estás hablando del Parque de las Lilas?

—¿Qué quiere decir caníbales? —preguntó Abbás, ya temblando de miedo.

—Caníbales quiere decir lo mismo que antropófagos —dijo Amapola, que siempre que le preguntaban lo que significaba una palabra contestaba con otra todavía más rara.

—Querrás decir antropófagos —le corrigió su profesora, que se llamaba María Jesús y siempre se divertía con las conversaciones de sus alumnos.

—Eso, antropófagos —dijo Amapola—. Quiere decir personas que comen carne humana. Mis padres no comen carne.

—Mis padres sí comen carne —dijo Fridolín—, pero no comen carne humana.

—Solo los antropófagos comen carne humana —dijo Amapola—. ¡A lo mejor tus padres son antropófagos!

—¡Qué cosas dices! —protestó Fridolín.

—Mis padres también comen carne —dijo Abbás—, pero no comen carne de cerdo.

—¿Y tampoco comen jamón? —preguntó Roto—. ¡Porque el jamón está hecho de cerdo!

—No —dijo Abbás.

—¿Cómo que no? —se indignó Roto—. ¡El jamón está hecho de cerdo, te lo digo yo!

—Digo que no, que no comemos jamón.

—¿Ni salchichón?

—Tampoco.

—Pero ¿por qué? —preguntó Roto escandalizado—. ¿Por qué? ¿Me puedes explicar por qué? ¿Me lo puedes explicar?

Abbás ya estaba muerto de miedo y a punto de llorar pensando que Roto iba a darle un puñetazo.

Entonces Natalia le dijo a Amapola:

—Pues si tus padres no comen carne, entonces son vegetarianos.

A todos les encantó aprender otra palabra rara: según explicó Natalia, los vegetarianos eran los que comían solo vegetales.

—Los vegetarianos comen hierba como las vacas —dijo Roto.

—Pues los que comen animales son como los antropófagos —le dijo Amapola muy enfadada.

—¡Estás loca! —le dijo Natalia.

—¿Y no te aburres de comer solo vegetales y vegetales y vegetales? —le preguntó Fridolín.

—No solo comemos vegetales —dijo Amapola—. También comemos pasta, y pizza, y sopa de lentejas, y tortilla de patatas, y pastel de chocolate.

—Entonces tus padres no son vegetarianos —contraatacó Roto—. Los vegetarianos de verdad no comen chocolate ni pizza. Yo tengo una tía vegetariana y solo come galletas integradas, que están malísimas porque no tienen azúcar, porque ella dice que el azúcar es malo. Ella dice que todo lo que sabe rico es malo. ¡Ella sí que es vegetariana, y no tus padres!

—No se dice «vegetariano», sino «vegetaliano» —les dijo María Jesús—. Y no se dice galletas integradas, sino «integrales». Y ahora, todos a jugar, que es la hora del recreo.

Y todos echaron a correr, gritando, y se pasaron el resto del recreo jugando por entre los árboles del patio del colegio. Era primavera, y todos los árboles estaban en flor y llenos de hojas nuevas, y hacía calor, y daba gusto correr por la sombra y por el sol y esconderse detrás de los arbustos del fondo del jardín donde, tiempo atrás, había habido una piscina que más tarde habían rellenado de arena y donde Fridolín, un día, había visto un ratón.

Luego sonó el timbre y todos corrieron de nuevo hasta el edificio del colegio para formar.

Pero cuando entraron de nuevo en la clase, les esperaba allí una sorpresa. Había dos personas mayores, un hombre y una mujer, hablando con María Jesús. Estaban vestidos de forma muy elegante. De hecho, Fridolín jamás había visto a nadie vestido con tanta elegancia: era como si vinieran de una fiesta en el palacio de un cuento de hadas. La mujer llevaba un gran sombrero blanco orlado de encaje, y un collar de perlas y unos zapatos blancos de tacón; el hombre tenía unos grandes bigotes negros y llevaba un traje negro y un lazo de pajarita verde con pintitas doradas, y

lucía en la mano izquierda un anillo con una piedra verde. Tenían ambos la piel muy oscura, y Fridolín supo al instante que eran de otro país. Hablaban con un acento curioso que a Fridolín le recordó, quién sabe por qué, al sabor de la avellana y al de la vainilla.

Al ver allí a aquellos dos señores tan elegantes, tan altos y tan morenos hablando con su profesora, los niños, que siempre entraban en la clase saltando y jugando y persiguiéndose, se sintieron cohibidos y fueron entrando uno por uno, muy educados y calladitos.

—Niños —dijo la profesora—. Vais a tener una nueva compañera de clase.

Estaba escondida detrás de sus padres, porque era muy, muy tímida. Su madre la cogió suavemente de los hombros y la presentó a la clase.

—Se llama Ranipruvamdambaransánkara —les dijo a los niños.

—Eso —dijo la profesora que, evidentemente, no había tenido tiempo de aprenderse un nombre tan largo y tan difícil.

Ranipruvamdambaransánkara era una niña pequeñita y esbelta, de piel oscura y satinada como la de sus padres y ojos muy grandes y brillantes. Llevaba un vestido muy bonito de flores blancas y rojas y tenía dos lazos blancos en su pelo negrísimo y rizadísimo. Parecía muy, muy, muy enfadada. Estaba con los labios apretados y los brazos cruzados.

—Rani, saluda a tus compañeros —le dijo su madre, hablando con aquel acento que a Fridolín le sonaba a avellana y a vainilla.

—Rani viene de un país muy lejano —les dijo María Jesús a los niños—. Está en Asia, y se llama Lankapur. ¿Quién sabe cuál es la capital de Lankapur?

—¡China! —dijo Margarita, que siempre decía lo primero que se le venía a la cabeza.

—¡Londres! —dijo Roto.

—¡Hala, Londres! —le dijo Amapola—. ¡No tienes ni idea!

—¿En Lankapur son antropófagos? —preguntó entonces Natalia levantando el dedo.

Los padres de Ranipruvamdambaransánkara se rieron mucho cuando escucharon esa pregunta. María Jesús abrió unos ojos muy grandes, y ya iba a regañar a Natalia por hacer una pregunta tan impertinente cuando el padre de Ranipruvamdambaransánkara tomó la palabra con toda naturalidad.

—No, no somos antropófagos —dijo—. Pero comemos escarabajos voladores y arañas de colores y por las calles en vez de autobuses hay cocodrilos gigantes con sillitas de madera donde la gente se sube para que les lleven al trabajo. Se llaman «Drilobuses». «Drilo», de cocodrilo...

Todos los niños escuchaban encantados las cosas que decía el padre de Rani. Todos menos Rani, que estaba sentada muy derecha en la silla que le había indicado María Jesús y parecía muy, muy, muy enfadada.

—En Lankapur tampoco hay aviones —siguió diciendo el padre de Ranipruvamdambaransánkara—, cuando tenemos que ir a otro país nos subimos a una nube y vamos en nube. Pero claro, para llegar hasta las nubes han tenido que poner unas escaleras mecánicas altísimas. Como las del metro. ¿Sabéis cómo son las escaleras mecánicas del metro? Pues en Lankapur las usamos para subir a las nubes.

Roto levantó la mano.

—Sí, dígame —le dijo el padre de Rani etcétera.

—¿Hay dinosaurios en Lankapur? —preguntó Roto.

—Me alegra que me preguntes eso —dijo el padre de Rani—. No, en Lankapur no hay dinosaurios, pero sí hay serpientes gigantes de mar. Salen por la noche y se comen a los caballos y a los elefantes, sobre todo a los elefantes blancos, y a veces se ponen a viajar por las carreteras durante toda la noche y se pierden y no saben volver al mar.

—¿Y entonces qué pasa? —preguntó Roto.